
Heptálogo para una No-Violencia política

Sara Calderon, profesora titular, universidad de Niza, LIRCES (Laboratoire Interdisciplinaire Récits Cultures et Sociétés), sara.calderon@unice.fr

Se trata de proponer, como complemento del ensayo *Le symbolique est politique. Quel projet politique pour contrer les violences interrelationnelles structurelles ?*, una serie de siete posicionamientos que habría que adoptar para ir hacia una sociedad no-violenta. Reflexiones al filo del mundo, investigación en movimiento...

1. Construir la unidad desde la diferencia

No es que todos los discursos políticos se parezcan y sin embargo todos tienen puntos comunes : todos evocan la felicidad, la paz, la bonanza... todos apelan a las ansias fundamentales del ser humano, cuyo contenido declinan de diferentes maneras. Uno de esos *topoi* que pasan de boca en boca es el de la unidad. Qué imaginar, en efecto más hermoso que una agrupación humana soldada por vínculos fraternales. Y sin embargo, bien saben todos los que alguna vez han adoptado una perspectiva de género que hasta las más hermosas unidades, las familias, pueden ser escenario de atroces violencias, en muchos casos con apariencia de plácida normalidad ; que cualquier unidad recela en su seno las potencialidades de la violencia.

En efecto, puesto que el desencadenante en última instancia de la violencia lo produce la percepción de la diferencia jerarquizada, apelar a una unidad que ignore las jerarquías y los vínculos de poder que de hecho estructuran lo social sólo puede contribuir a renovar la invisibilización de las jerarquías y desigualdades actualmente en vigencia. Ellas son las que orquestan las violencias en el seno de las parejas, movidas por el convencimiento de la posesión ; en los centros escolares, a menudo a causa del imperativo de normalización ; en tantas empresas, azuzadas por el creciente culto a la competitividad. Ellas también las que propician que cifras de tal magnitud que si fueran debidas a cualquier otro factor –intoxicación alimentaria, epidemias- serían sin duda

consideradas dignas de alerta sanitaria sean hoy por hoy prácticamente obviadas por referirse sólo a mujeres y niñ@s : según la ONU, en el mundo una de cada dos mujeres asesinadas lo es por su pareja o por su familia, mientras que sólo uno de cada veinte hombres lo es por los mismos motivos.

Cualquier construcción unitaria que, por angelismo o por cálculo político, se obstine en ignorar esta conflictividad social real que apenas ahora empieza a emerger de la losa de invisibilidad que tanto el espacio privado como el tabú social y religioso le había proporcionado está abocada a reproducirla. Guste o no, la unidad pasa por el reconocimiento de una fragmentación que es real, y que no le va a pedir permiso a nadie para existir. También pasa por el reconocimiento de las patologías inherentes a la conceptualización de toda jerarquía : mas allá de que siempre se pueda dar el abuso de poder, si la identidad fuerte se construye de forma relativa a las marcadas como débiles, está abocada por necesidad a poner en marcha una dosis de violencia normalizada.

¿Cuáles serían pues las herramientas que permitan construir una unidad desde la diferencia, evitando la trampa comunitarista? Evidentemente, todas aquellas orientadas a poner en marcha una mayor comprensión y aceptación de la alteridad. Si actualmente la mayoría de las comunidades se construyen sobre la homogeneización de sus miembros se trataría aquí de obtener que la comprensión de otra lógica disminuyera su nivel de alteridad permitiendo sentar las bases de una comunidad integradora de la diferencia, inclusive en los casos en que ésta pueda estar hoy día particularmente connotadas de forma negativa. Obtener dicha comprensión pasa por el diálogo, la negociación y la cesión. Diálogo sincero y abierto, orientado a tomar sin prejuicios conocimiento del otro, en su esencia, en su alteridad, con un espíritu abierto, en el sincero propósito de descubrirlo. Negociación puntual, en los casos de litigio, para construir un espacio común que, hay que saberlo, no tiene nada de dado de hecho sino que es un espacio a conquistar juntos. Cesión, medida y por turnos, en el entendimiento de que el espacio común se construye sin la imposición de nadie, pero también sin el sojuzgamiento de nadie.

Sólo una práctica habitual del diálogo, la negociación y la cesión alternada puede desembocar en la mutua comprensión necesaria para forjar la unidad desde la diferencia. Los valores comunes que informarían esta unidad vienen por lo demás dados

de por sí : tolerancia, respeto, pluralidad, complementariedad, equidad... Todos estos valores parecen tan bellos que alguien poco realista podría pensar que ya son. Lo cierto es que no están para nada generalizados, salvo en contadas comunidades que viven ya bajo esas convicciones. Generalizarlos exigiría, de hecho, que se pusiera en marcha una profunda transformación social susceptible de trocar la diferencia jerarquizada en diferencia equivalente y el estigma en condición de infortunio temporal.

Si la corriente teórica a que muchas de las izquierdas han recurrido en estos tiempos de derechización de la opinión es el populismo cabe decir que, salvo que lo contemplen como simple forma de acceder al poder, semejante fórmula no puede servir al propósito de lograr sociedades menos violentas por el sencillo motivo de que consiste en devolverle a la sociedad, como un espejo clemente, el reflejo mejorado de sus creencias, expectativas y valores. Sin embargo, como ya vimos, son ellos los responsables en última instancia de todas las violaciones estructurales, entre las cuales los feminicidios en el seno de la pareja y los bullyings escolares y laborales. Necesitamos un poder que transforme, no que refleje ; un poder que emancipe, no que tutele ; un poder que se dirija a la razón de individuos autoconscientes y no a la emoción de seres que delegan en otro su conciencia.

La izquierda ha pagado caro en las últimas décadas haber entendido muchas cosas después de lo que lo hizo la derecha. En ese sentido, ha sido demoledor escuchar a Christine Lagarde hablar hace unos días en París de la necesidad de integrar al mercado mundial identidades y nacionalidades. No es factible tolerar que de nuevo sea la derecha la que primero anticipe el signo de los tiempos construyendo la única unidad que en el siglo XXI le interesa, echando mano de lo que sea necesario, en este caso las identidades que costosamente han emergido en el siglo XX. Resulta revelador a este propósito que mientras Lagarde habla de integrar identidades, Bolsonaro se disponga a erradicarlas por el medio de una purga de los manuales escolares a la búsqueda de “referencias marxistas y referencias de género”. Mientras que la derecha que opera por la autoridad hace lo que casi esperábamos de ella, aquella que por la fuerza ha de operar por la seducción deje de cerrar los ojos sobre lo irreversible de los cambios que se han operado en la situación de las mujeres y de las minorías para pensarlos sin ambages como sujeto a seducir. El capitalismo ha sobrevivido sin duda a tantas coyunturas entre otras cosas

por su pragmatismo. Sería una lástima que de nuevo la izquierda, atascada entre la conciencia de clase y el significativo vacío, deje de lado un amplísimo sector del conflicto social, sin sorpresas, el de los grupos que no por no pertenecer al grupo históricamente dominante están menos dotados actualmente de capacidad de acción.

Pensar la unidad desde la diferencia y no desde la homogeneidad soñada por aquel que construyó un mundo para vivirlo entre pares, es una necesidad para miles de mujeres, para todos los suicidados del bullying, profesional o escolar. Se ha hablado estas dos ultimas semanas de las oleadas de suicidios que recientemente han afectado a los cuerpos de gendarmería y de policía (61 suicidios desde enero) tanto como a La Poste (más de 100 suicidios desde 2012), así como del suicidio del conocido investigador de Amnesty International Gaëtan Mootoo. Más allá de las nuevas técnicas de management, que buscan desocializar y fragilizar al individuo para hacerlo mas dócil, los mecanismos que presiden a la puesta en marcha espontánea del tipo de dinámicas que lleva a un suicidio guardan puntos comunes con los que presiden a la puesta en marcha de violencias en el seno de la pareja, en última instancia la causa de ambas se encuentra en el mismo lugar : las distintas categorías de diferencias jerarquizadas que se cruzan en nuestra sociedad. Queremos políticas radicales al respecto. Construir toda futura unidad desde la plena conciencia, la comprensión, la aceptación y el respeto de la diferencia es la condición *sine qua non* de un mañana sin violencias estructurales.

2. Transformar las subjetividades...

El desencadenante de la violencia relacional se encuentra en el propio esquema relacional y de atribución de identidades que anida en nuestras subjetividades. Al punto de vista sobre el mundo construido durante nuestra existencia, se agrega aquel que nos confiere la cultura. Si bien las culturas del planeta son variopintas, todas son patriarcales, y en esto comparten los mecanismos de la violencia relacional, que reposan sobre las nociones de jerarquía, de pertenencia y de alteridad y sus percepciones.

De jerarquía, entre hombres y mujeres, entre individuos según los distintos marcadores sociales de clase y de raza, en el ámbito profesional según lo estipulan sus códigos ; de pertenencia, de un individuo al grupo, y de un individuo a otro, según los distintos pactos simbólicos que vertebran lo social ; de alteridad, según todas las diferencias de sexo, clase, raza que depara el mundo. En las tres, cierta violencia

normalizada marca el propio límite del concepto, y se abate desde la invisibilidad sobre el individuo que reside en el polo débil : el inferior de la jerarquía ; el objeto de la pertenencia ; el otro de la alteridad.

Obtener una sociedad menos violenta, si tanto es que una sociedad no-violenta sea del todo posible, pasa forzosamente por una transformación de las subjetividades. En efecto, los mecanismos ya evocados exigen que cada uno de los actores de la misma fatídica pieza teatral que se desarrolla, casi siempre igual, se reconozcan en el rol y sepan su papel. Que el fuerte se sepa fuerte, dominador, meritorio de reverencia ; que el débil se crea frágil, vulnerable, a punto de quebrarse ; que ambos entren, perfectamente, en su papel complementario. Fuerza y debilidad son dos conceptos que nos parecen hoy evidentes y sin embargo tienen poco de unívoco. Los medimos en general, en efecto, en términos de fuerza bruta y de desconexión emocional. Las cosas no son tan claras. La inteligencia debería ser contemplada como fuerza a partes enteras –no en vano se ha demostrado en guerras como las de Vietnam que los veteranos más cultos presentaban menos trastornos psíquicos que los menos cultos. La desconexión emocional se sitúa en las antípodas de la gestión emocional, dándose el caso de que la persona más adepta de la desconexión pueda verse a veces paradójicamente sumergida por las emociones, incapaz de hacerle frente. Este es sin duda el mecanismo que preside a muchos suicidios masculinos. En meros términos de supervivencia, a la vista queda pues que la fuerza reside más bien en la gestión emocional. Y sin embargo la subjetividad mayoritaria nos dicta lo contrario, y hasta produce en serie las identidades fuertes confeccionadas sobre ese modelo. La misma subjetividad que hace que el fuerte dependa del débil para existir, por medio de la agresión.

Una sociedad no violenta pasa por tanto por una transformación de la subjetividad, no por su reproducción. Los mecanismos para dicha transformación son conocidos. Pasan por la educación, con una mayor formación en las aulas y en la institución de temáticas aferentes al género y de los mecanismos de violencia relacional. Pasan también por experiencias de autoconocimiento no condicionado, como las que se pueden realizar en los ámbitos de la descolonización cultural de subjetividades. Un conocimiento de la propia identidad, relativamente en margen de las estructuras de género y coloniales que las dibujan. Pasan, claro, por la expresión de voces que emerjan de ese autoconocimiento para afirmarse en su genuina naturaleza.

La transformación en lo que respecta a las violencias concierne por tanto a las identidades fuerte y débil, masculina y femenina, pero también a las dinámicas e interacciones que se instalan entre ellas y los propios afectos. A imagen de lo formulado por Joan Tronto, los polos de fuerza y debilidad pueden pensarse como intercambiables. No ya porque la definición de lo fuerte o lo débil pueda variar según el obstáculo a confrontar, sino porque cada un@ atraviesa a lo largo de su vida momentos de fuerza y de debilidad. Del mismo modo, en el ámbito relacional se debe pensar a término la diferencia en tanto que diferencia no jerarquizada ; la debilidad en tanto que estado coyuntural y relativo a una situación dada. En todo momento a la competición se debe privilegiar la cooperación, la coordinación, la diferenciación. En lo que respecta a los afectos, los sentimientos de rivalidad y de frustración deben ser del todo autoconscientes para el individuo, justamente para dar salida a la violencia que pueden generar ya por mecanismos alternativos a la catarsis, como la sublimación, ya por una catarsis inofensiva, como un deporte violento.

Sólo de una total transformación de la subjetividad actual podrá venir una sociedad menos violenta. Tanto por la medida en que ésta alterará las identidades como por la medida en que alterará sus interacciones.

3. La ética de lo relacional...

En su sentido primero, la ética permite calificar los actos propios a un grupo, define un sentido común compartido. En su sentido común permite por tanto designar el área de reflexión sobre lo bueno y lo nocivo ; cuestionarlo todo y a la vez dejarse cuestionar por todo. La ética permite así valorar las acciones. Cabe preguntarse por tanto como sería una ética formulada para una no-violencia política, la respuesta es obvia : sería una ética de lo relacional.

Las sociedades patriarcales, y a mayor motivo las sociedades capitalistas, son sociedades en las que el individuo vive fragmentado, cortado de los otros y del mundo, como una partícula inconexa. Las relaciones entre individuos están parametradas por complejas pautas de jerarquización que las determinan, las regulan y las limitan así como por diversas relaciones de objeto. Las relaciones al mundo vienen también dadas en las sociedades capitalistas de manera numéricamente significativa por relaciones de objeto. La subordinación y la objetificación cortan por naturaleza a unos seres de otros,

reduciendo la capacidad tanto de comprensión como de empatización, al extremar la percepción de la alteridad. Por ello mismo, aumentan las posibilidades de que surja una violencia.

En sociedades no violentas es la conexión entre individuos y con el mundo la que debería primar en el ámbito de lo relacional, y no la fragmentación. Deberían por tanto primar relaciones de igualdad entre individuos y de simbiosis con el mundo. Claro está, dicha igualdad no puede pensarse en términos de identidad, sino de simultánea igualdad de estatus y alteridad o diversidad de naturaleza. En dicho marco relacional se daría una empatía compleja, aplicada no al igual sino al diferente ; una empatía no nacida de la identificación con lo idéntico, sino del reconocimiento y el conocimiento de lo distinto. Del mismo modo, el sujeto se pensaría en el mundo como simbiosis, más que como colono o como señor. Sería una manera de pensarse en el mundo no destructiva, empática, que entroncaría con visiones como las que emanan del budismo o del animismo. En ella el individuo se vería como parte consciente de un todo, interdependiente.

Las virtudes características de los individuos de dichas sociedades serían el respeto, la participación en la construcción colectiva, el conocimiento del otro, la solidaridad. Una relacionalidad a la vez fluctuante y fluida se pondría en marcha, para estructurar una sociedad nueva, parcialmente liberada de las relaciones de objeto y de las relaciones de jerarquía. Conectado al mundo y a los otros, el individuo tendría una existencia más rica, co-construyendo su individualidad en el marco de un proyecto común que ya no se caracterizaría por constituirse en pérdida sino en construcción de una individualidad inserta dentro del conjunto. El individuo sería uno y plural ; uno y conectado a través de una relacionalidad polimorfa al conjunto de lo social. Una relacionalidad que excedería ampliamente lo hasta ahora conocido y declinado en familia y mundo laboral, apenas vecindario. Una relacionalidad por tanto extendida, a un vecindario enriquecido y ampliado, un tejido colectivo y asociativo, susceptible de vehicular y de construir experiencias humanas infinitamente más portadoras de sentido que las que recela nuestro actual universo, experiencias humanas estructuradas en torno al compartir y el construir en colectivo diversas individualidades conectadas entre sí ; individualidades auténticas y co-construidas.

4. ¿Para qué el trabajo?

Más allá del tipo de vínculos que se establece entre individuos, cabe preguntarse sobre lo que conforma el centro mismo de las vidas de éstos en nuestras sociedades. Una de las metas sigue siendo la formación de una célula familiar tradicional heteronormada. En sociedades insertas en un sistema capitalista que hace de la acumulación su principal preocupación otra meta es el trabajo. La preocupación por trabajar informa nuestras vidas casi desde la infancia, con aquella fatídica pregunta -¿qué quieres ser de mayor?-, y de forma cada vez más precisa, con la muchas veces angustiada elección de estudios que nos salven de esa lacra, la explotación, o peor aún, el paro. En efecto, ni siquiera es que consideremos siempre el trabajo por lo que nos va a permitir realizar –aunque también lo hacemos-, lo consideramos por lo que nos va a permitir vivir. Y con esto tocamos la clave de este artículo : más allá de que el trabajo sea una de las dos metas principales hegemónicas de nuestras vidas, ¿de qué clase de trabajo estamos hablando? En otras palabras, ¿qué es el trabajo?

En la utopía inicial del liberalismo el trabajo era lo que iba a permitir a cada individuo prosperar y ser libre de manera a construir una sociedad próspera para todos. En la realidad bien distante del capitalismo tardío el trabajo genera la riqueza que sigue permitiendo la acumulación en un sistema que, como un ciclista que rodase sobre una cuerda tensada en el vacío, no puede ya parar a riesgo de caerse. A nivel de representaciones y valores sociales el trabajo es lo que dota de valor al individuo. Cuidado, no de valor autoatribuido, sino de valor atribuido por la sociedad. En efecto, el trabajo establece en nuestras sociedades una clasificación entre individuos que lleva de la cúspide a los estratos más bajos y puede incluso caer en la total y completa inexistencia, esto es, la radical invisibilidad, de las poblaciones más vulnerables : parados, trabajadores en negro, vagabundos...

Para el marxismo, el trabajo es uno de los centros del sistema filosófico que instituye. Puesto que analiza la sociedad desde la división que en ella opera el sistema capitalista y la historia desde los ciclos económicos, no puede ser de otra manera. El trabajo instala la dialéctica social que determina las formas culturales hegemónicas. El trabajo desemboca en la alienación del individuo pero también determina su liberación. En la utopía comunista que advendrá idealmente tras el socialismo, el trabajo será

aquello que el individuo aporte a la comunidad, aquello con lo que a través de su fuerza la construya.

Es conocido el libelo que el yerno de Marx, Paul Lafarge, escribió a medio camino entre la provocación y la reflexión filosófica, *El derecho a la pereza*. En él, Lafargue produce un alegato para que se de un vuelco civilizacional en sociedades que santifican el trabajo. Desarrolla la idea según la cual el trabajo es en realidad fuente de las miserias individuales y sociales, en tanto la división del trabajo aliena a los trabajadores y aboca a la burguesía al sobreconsumo y al vicio. En una sociedad que trabajase sólo 3 horas al día cada individuo podría dedicarse a cultivar su intelecto y su individualidad, alcanzando un mayor desarrollo humano.

Lafarge escribió su libelo un poco en la continuidad de las ideas de su suegro, y sin embargo su escrito es marcadamente individualista en tanto que aboga claramente por el desarrollo individual como actividad para reemplazar el trabajo. En este sentido, su escrito cuadra bastante bien con lo que sería el trabajo para una sociedad no violenta.

La sociedad no violenta es eminentemente individualista porque sólo un individuo desarrollado es capaz de minimizar con sus elecciones sus dosis de frustración y de disponer de un autocontrol y de una capacidad de sublimar susceptibles de disminuir las respuestas violentas. En buena lógica, en este tipo de sociedad el trabajo debe cambiar de valor para aproximarse más a lo descrito por Lafargue. El trabajo debe producir riqueza, para el beneficio colectivo, pero debe también permitir el crecimiento espiritual del individuo. Más allá de lo que produzca, será por tanto una función del trabajo la de hacer sentirse bien y constructivo al individuo que lo ejecute. Esto va en dos sentidos : por una parte debe reconocerse que todos los trabajos son necesarios a la prosperidad social, y por tanto, se deben disminuir las diferencias de valoración positiva entre unos trabajos y otros. ¿Qué sería de una sociedad sin enfermeras, sin electricistas...? Por citar dos profesiones menos valoradas que abogado o médico. Asimismo, sería razonable colectivizar las profesiones más penibles, o en su defecto dotarlas de una compensación que reconociese su penibilidad y las reconociese como servicio suplementario prestado a la comunidad. La colectivización parece una mejor opción porque presenta la doble ventaja de descargar a los individuos concernidos del monopolio de las tareas penibles y de forjar comunidad. En efecto, realizar trabajo colectivo es algo que forja, en si, colectivo de manera mucho más eficaz que la actual

homogeneización que hace las veces de cohesión social. El principio constructor de las sociedades no violentas es el hacer en común, no la homogeneización, y el trabajo debe ser parte integrante de ese hacer.

En sociedades no violentas el trabajo es contemplado por tanto por lo que le pueda aportar al individuo, por lo que pueda hacerlo crecer, en lo que respecta al trabajo de cada uno. Es contemplado por lo que sirve al grupo, en el caso de las tareas más penibles a colectivizar, por lo que construye comunidad humana. Esa diferencia organizacional no excluye que la actividad laboral pueda seguir generando riqueza, sino que supedita este imperativo al desarrollo del individuo.

5. Sobre dioses...

Cada mundo tiene sus dioses a quien venerar y hacer sacrificios. Hace mucho que en el nuestro una de las principales divinidades se llama economía. Es una diosa bella y fría, implacable y cruel, que dispone el funcionamiento del mundo y acepta sacrificios humanos. Todo nuestro universo está regido por esos modernos sibilos –los expertos– que escrutan hileras de números, como sus antepasados las vísceras, para dictaminar con severidad las medidas a adoptar frente a devastadoras crisis, provocadas por ellos mismos. Al grado del dictamen de los expertos se ciernen sobre el mundo carestías, hambrunas, a veces hasta plagas. Su altar es el mercado, sobre él dirimen, venerando la acumulación, venerando la producción.

En una sociedad no-violenta la economía no será un dios. Será apenas una herramienta al servicio de un bien-estar material y existencial. La manera misma de pensarla excederá las configuraciones actuales, ortodoxas y heterodoxas, yendo más allá de los mercados, para tener en su centro la sostenibilidad de la vida. El desarrollo en una sociedad no-violenta ya no será ese horizonte técnico-mercantil, sino, como para el feminismo, un horizonte ampliado de expectativas vitales del individuo. La sostenibilidad de la vida no se detiene en lo material, incluye lo inmaterial, recupera la dimensión afectiva y relacional de los individuos. Implica el desarrollo de las potencialidades del individuo, en el ámbito espiritual como en el de las realizaciones personales ; el desarrollo de sus posibilidades en tanto que ser social, en el ámbito del vínculo humano como en el de las realizaciones colectivas.

En la sociedad no-violenta la economía es un medio, como lo es una batidora o un martillo, no un fin. Puesto que no es un fin, tampoco integra ya como instrumento el complejo sistema de dominación, subordinación y exclusión que hoy renueva, generación tras generación, al mismo grupo blanco masculino burgués y heteronormado en el poder. Será simplemente una herramienta al servicio de todos, enfocada a facilitar los intercambios y llevar contabilidades. Su menor papel será facilitado por el hecho de que el desarrollo personal adquirido por cada individuo facilitará que el consumo deje de ser un fin mayoritario. Una mayoría de individuos compartirá perspectivas próximas del decrecimiento. Con plena conciencia del impacto mediambiental que tiene nuestro consumo, y del vacío existencial al que corresponde, el individuo no-violento consumirá mucho menos. Utilizará los objetos hasta que se usen, o los intercambiará, no los tirará. Fabricará cosas por sí mismo para no generar residuos. Habrá adquirido, de media, una cultura mucho mayor a la que tenemos ahora, que le permitirá no tener como expectativa la acumulación de objetos o la superación de otros en términos de posesiones materiales. En estas condiciones, la economía ya no tendrá la función de jerarquización social que tiene hoy por hoy, creando grupos vulnerabilizados e invisibilizados de los que los grupos dominantes se nutren para dominar. Tendrá la mera función de facilitar intercambios.

El enfoque de la economía será radicalmente distinto. No se pensará ya desde la mirada hegemónica del grupo dominante ; se pensará desde las múltiples miradas entrecruzadas de todos los vulnerables. Contemplará las actividades no remuneradas. Contemplará las múltiples pobrezas. Todo un mundo emergerá al margen del salario.

En tanto supedita la vida al capital, el capitalismo amenaza la vida. Recuperando los afectos y lo relacional, la sociedad no-violenta, contemplará la vida en su vulnerabilidad y en su eco-dependencia. Todas las vidas en igual derecho a la dignidad, en todas sus diferencias.

Ni diosa, ni sibilos, en el mundo no-violento la economía sirve a la vida, se supedita a ella.

6. Geopolítica de lo humano...

Regularmente el planeta se desgarrá, en alianzas más o menos variables, que siguen intereses económicos y políticos de poder. Durante una importante porción del

siglo XX la guerra fría marcó las pautas. Antes de eso estuvieron la cuestión colonial y las problemáticas de países emergentes ; las peleas familiares de dinastías monárquicas ; por supuesto las religiones ; cuestiones territoriales. Es lo que se conoce como geopolítica. En esto como en otros temas, jamás la vida estuvo en el centro ; lo humano ; las incontables vidas que oficialmente no importan. Precisamente por ello, eso es otro aspecto más que un mundo No-Violento debe cambiar. Tanto más porque la resurgencia, más o menos homogénea, del conservadurismo, sujeta a contadas excepciones, al margen de la etiqueta que adopte en el tablero político, es una realidad mundial innegable. Los sujetos subalternizados, que tanto han tardado en conquistar sus derechos, y que de hecho siguen sin conquistarlos en numerosas latitudes del globo, ven de nuevo con inquietud cómo deben intensificar la lucha.

Están los problemas ya antiguos : las ocurrencias recurrentes de violaciones en países como la India que, desde la violación colectiva que en 2012 llevara a la estudiante Nirbhaya a la muerte, no consigue realmente confrontar esta problemática. Están prácticas salvajes y antiguas como la escisión, vigente en mayor o menor medida en muchos países de África. La enfermiza inseguridad masculina eligió en este caso paliarse privando a las mujeres de toda posibilidad de sentir placer en el transcurso de una relación sexual, condenándolas incluso en muchos casos a un dolor de por vida y a morir desangradas, por la ablación completa o parcial del clítoris, único órgano del cuerpo humano únicamente destinado al placer. Por supuesto, la persecución de la homosexualidad, punible en algunas latitudes con castigos que van desde la violación correctiva hasta la reciente adopción legal de la lapidación en Brunei.

Se han añadido a éstos problemas recientes como la violación sistematizada como arma de guerra, práctica ya observada en el conflicto de disgregación de la ex-Yugoslavia y en muchos de los recientes conflictos africanos y arábigos (Ruanda ; esclavismo sexual de la comunidad yezidi a manos del Estado Islámico). Más allá de la práctica de dominación que es en sí la violación, ésta ha sido llevada desde hace unos años a técnica de genocidio, tocando a través de las mujeres la capacidad de reproducción social de comunidades enteras : ya por expansión de la propia comunidad, a través de los nacimientos productos de violaciones, ya por la exclusión de que son objeto las víctimas, en muchas ocasiones expulsadas de su familia. La práctica de por sí fascista ha encontrado de hecho un corolario en la reciente –e inadmisible- decisión de Donald

Trump de vaciar de contenido la resolución de la ONU enfocada a confrontar este problema, obligando a despojarla de toda mención a la « salud reproductiva », por su cada vez más exhibida oposición al aborto. El señor Trump pretende obligar a dar a luz a mujeres violadas por múltiples agresores, y muchas veces torturadas más allá de eso.

El problema de la geopolítica de la violencia encuentra prolongaciones en los intereses económicos que oportunamente opacan tanto los derechos humanos en general, como más específicamente los de los derechos de los humanos subalternizados. Un ejemplo tristemente notorio es el de Arabia Saudí. Al margen de su ya conocida vulneración de los derechos, en el marco de la cual el terrible sistema de tutela que impide a las mujeres ir incluso al médico sin recibir la autorización de un marido, padre o hermano, el país parece haber puesto en marcha un proceso de oportuno lavado de cara destinado a propiciar su inserción y aceptación en el llamado primer mundo. Lo consigue, quizá, más allá del petróleo, gracias a las múltiples empresas y clubes de fútbol que sus jeques han adquirido en él en las últimas décadas. Arabia Saudí ha otorgado a las mujeres el derecho a conducir en 2018 y a votar en 2015. Lo que podría haber sido una grata noticia en un marco de progresión legal, más allá de que fuera más lenta o más rápida, se convierte en una nefasta noticia en el marco de la renovada persecución de las militantes que han obtenido esos derechos : la mayoría de ellas ha sido encarcelada, algunas de ellas han sido torturadas, a otras más se les promete pena de muerte.

No sólo Arabia Saudí no ha sido sancionada por el llamado primer mundo, sino que integra confortablemente la Comisión de derechos de las mujeres de la ONU. La organización internacional dice, con la simple aceptación en este tipo de organismo de este país, los alarmantes disfuncionamientos internos de que es objeto actualmente. Tanto más porque Arabia Saudí no es el único país cuya pertenencia es más que inconforme : directamente escandalosa. Irán, que ha condenado recientemente a la abogada Nasrine Sotoudeh a 38 años de cárcel y 148 latigazos por haber defendido a las mujeres condenadas por su activismo en contra del hijab obligatorio, también se encuentra en dicha comisión. La pregunta que esto plantea es evidente : ¿para qué sirven estos organismos internacionales ? ¿cuáles son las posibilidades reales que tienen de hacer avanzar a las mujeres en el mundo ? El caso de la ONU se plantea tanto más por cuanto ha sido imposible que una mujer fuese elegida como secretaria general, a pesar de disponer de varias candidatas del todo formadas a asumir semejante responsabilidad,

y por los escándalos recurrentes de que los cascos azules han sido objeto a causa de las violencias sexuales cometidas sobre personas de extrema vulnerabilidad en el marco de conflictos o de desastres naturales.

Subrayábamos que la problemática del no respecto de los derechos en el marco legal llega hasta las puertas mismas de Europa, con el retroceso que se ha observado en Turquía en los derechos de las mujeres, como consecuencia probable de una confluencia de factores orquestada por el presidente Erdogan. La persecución sistemática de la única sociedad igualitaria de la zona, los kurdos, claro ; el uso dado a la figura sumisa de su esposa en el marco de su comunicación política ; la retirada de enseñanzas como el darwinismo de los manuales escolares.

Pero la geopolítica de lo humano puede cobrar también contornos más implícitos, como en América Latina, donde no se cuentan ya el número de militantes ecologistas e indigenistas caíd@s en el combate contra las grandes multinacionales. Sin entrar, por supuesto, en esencialismos, lo cierto es que, sin duda porque son las culturalmente encargadas de asegurar las condiciones de reproducción de la vida, una mayoría de ell@s son mujeres. Ellas son las que mayormente se asocian a la defensa de la noción de territorio, concebido como espacio de posibilidad de la vida.

Para avanzar realmente, necesitamos que la geopolítica cobre los contornos de lo humano : que se expulse de la comisión de los derechos de las mujeres de la ONU a los países que no cumplan un mínimo internacional establecido en los derechos de este porcentaje de la población. Y no hay que detenerse en el caso de las mujeres : las disidencias sexuales ; las identidades transgénero ; toda víctima designada de violencia por alguna de las características que la separen de la norma. Necesitamos que nuestros gobiernos pongan por fin en el centro a los seres vivos humanos y no humanos, así como el contexto necesario de sus condiciones de vida, el planeta.

7. Hagamos micropolítica...

La No-Violencia política tiene el cometido, y el deber, de desplazar el debate público sobre la política, al menos ligeramente. La problemática es en realidad antigua : el hombre blanco occidental heteronormado ha excluido todo lo que a él no le interesa de la política. Así es como ya las sufragistas se vieron obligadas a luchar incluso para que se las metiese en la cárcel a título de presas políticas, estatus que se les negó. Más

adelante, las feministas de los años 70 acuñaron el conocido eslogan « Lo personal es político » para introducir las problemáticas aferentes a la sexualidad, los derechos reproductivos o las violencias, entre otras cosas. Hoy en día, las feministas de la CUP produjeron hace un tiempo un escándalo nacional, que valió a la desde entonces exiliada Ana Gabriel insultos de lo más vejatorios, al proponer en la Generalitat una moción destinada a cambiar la forma de vivir la menstruación de las jóvenes, y la manera de entenderla de los jóvenes : medidas educativas destinadas a que su vivencia sea más natural y armoniosa, fomentar el uso de protecciones alternativas a compresas y tampones etc. Lo cierto es que las mujeres no son las únicas excluidas de la todavía política honorable : migrantes, discapacitados, disidencias sexuales... siguen sin ser tomados suficientemente en cuenta.

Queremos que la política se llene de micropolítica, que se discutan en los parlamentos los temas que apenas empiezan a discutirse, como la brecha salarial, pero también que se lleve mucho más lejos la audacia. Que se discuta la comida -¿cómo comen los pobres ? ¿cómo comen los ricos- ; que se discutan los estados de ánimo - ¿cómo lleva un parado a nivel emocional la búsqueda de empleo, las reiteradas negativas ? ¿cómo lleva un anciano la soledad ? ¿cómo lleva un anciano sin recursos el tener que amontonarse en las poco cubiertas residencias de ancianos ? ¿cómo lleva una parturienta primeriza el tener que dar a luz casi en batería como un pollo en los atestados servicios públicos de maternidad, cada vez menos financiados?- ; que se discutan los horarios y los desplazamientos ; que se discuta la contaminación y los hábitos de consumo. Queremos micropolítica de la cotidianeidad.

No se puede matar a los individuos violentos. No se pueden perseguir y penar todas las microviolencias. La cuestión de multar el acoso callejero se planteó en Bélgica : lo cierto es que, sin estar en contra, tampoco nos parece factible poner un funcionario detrás de cada individuo, entre otras cosas porque los funcionarios también son individuos y tienen su porcentaje de violencia. Siendo realistas lo más sencillo, si tanto es que no será sencillo, es que no haya micro ni macroviolencias. Que simplemente veamos al otro en su diferencia, empaticemos con él, y pongamos en marcha otros modos de estar junto a él en el mundo.

Es necesario sumergirse en la micropolítica, discutir lo relacional en los parlamentos, discutir los amores, los odios, los bullies, las iniciativas solidarias, los

habitats ecosostenibles... Es necesario buscar cómo incidir en las mentalidades mediante todos los medios disponibles, desde la educación a la disposición de la ciudad, socializar y socializar para bien. Entrar en las instituciones, para que ningún hombre político se vuelva a reír si algún grupo propone discutir a propósito de la menstruación para que, de hecho, en lo ideal no lo discutan ya sólo hombres políticos. Urge micropolítica, queremos micropolítica.